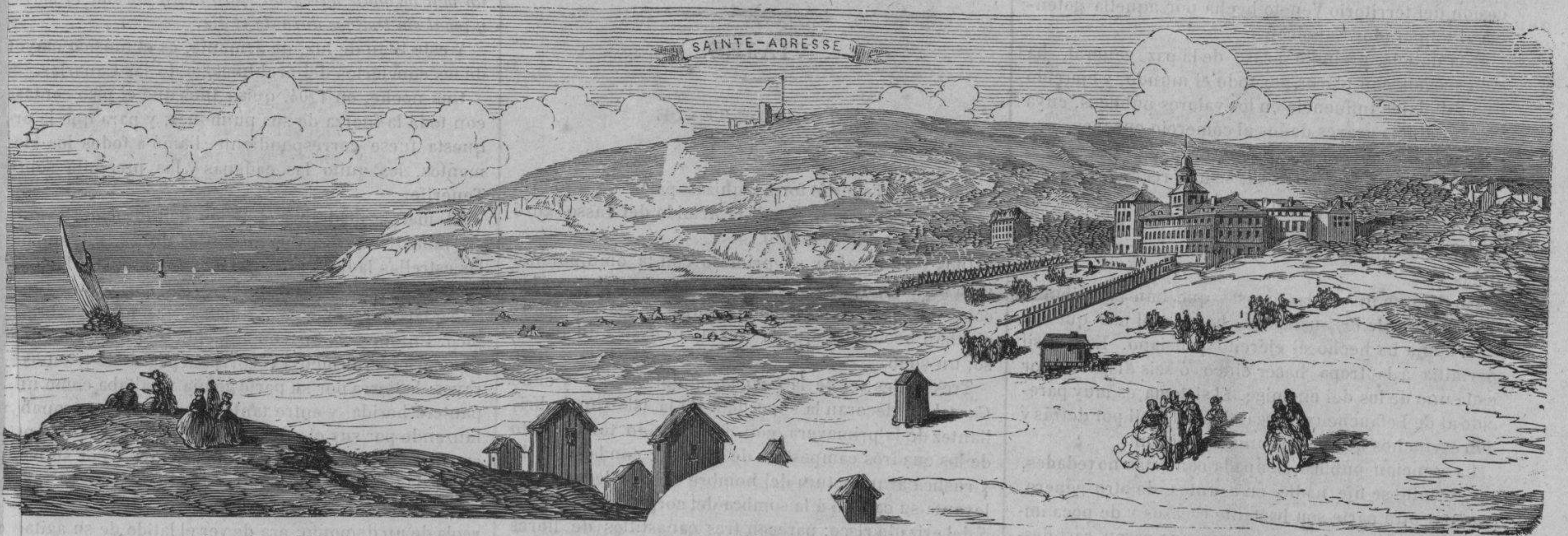


El Periódico ilustrado.



Año II.—Número 64.
DEL 8 AL 15 DE JULIO DE 1866.

CONTENIDO.—*Sainte Adresse.*—*Revista de la semana,* por Palacio.—*Viajes: El pico de Teyde,* por J. de A.—*Los pájaros,* por A. J. Perchét.—*Una regata en Londres.*—*Estudios históricos: D. Luis discobedo,* por Belza.—*El gran hotel,* por R. M. y Esteban.—*Victor Manuel y los voluntarios italianos.*—*El rey de los gitanos,* por Belza.—*La batalla de Custoza.*—*Tú y yo,* por C. C. y Nuñez.
ANAS: *Sainte Adresse.*—*El ejército italiano en la batalla de Custoza.*—*Una regata en Londres.*—*El rey Victor Manuel marcha á ponerse al frente del ejército.*—*Trajes de los voluntarios italianos.*—Garibaldi.



CALENDARIO DE LA SEMANA.

D.	8	Santa Isabel.
l	9	San Cirilo.
m	10	Santa Amalia.
m	11	San Pio I.
j	12	San Juan Gualberto.
v	13	San Anacleto.
s	14	San Buenaventura.

ADMINISTRACION, PASAJE DE MATHEU, 6.

EL PERIODICO ILUSTRADO APARECERÁ CADA SEMANA.

SUSCRICION: Un año. Seis meses.		UN NÚMERO
Madrid.	24 rs. 12 rs.	MADRID..... 4 cs.
Provincias.	28 » 14 »	PROVINCIAS. 5 id.
Ultramar.	80 » 50 »	

SAINTE ADRESSE.

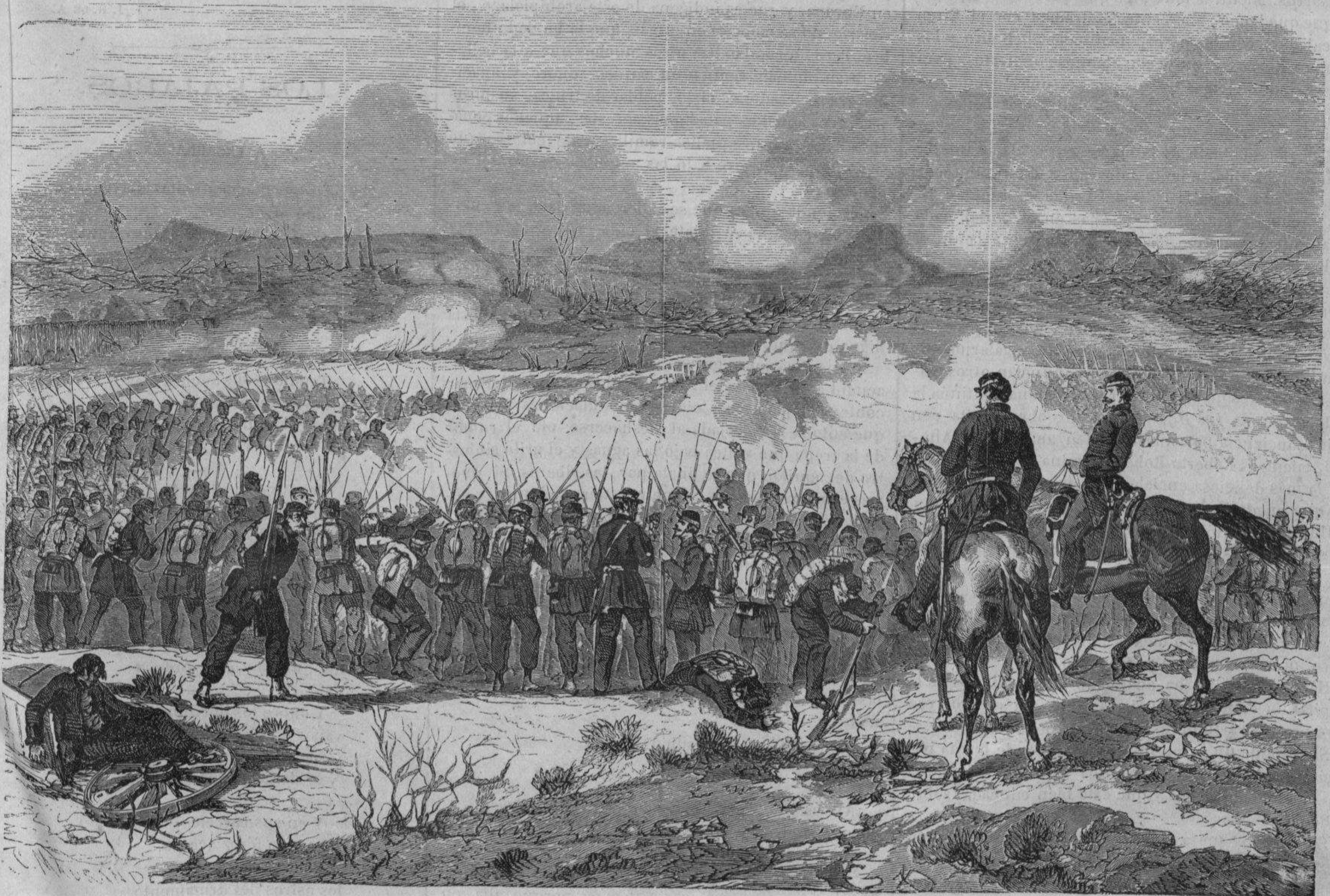
no de los puertos más favorecidos en la estación de verano, y al que se llega en pocas horas desde París por el ferrocarril del Havre. Puede decirse que su descubrimiento data de mediados del presente siglo;

pues fué el célebre novelista Alfonso Karr quien le dió á conocer y le puso de moda con sus descripciones y sus cartas.

Desde esta época se ha formado en Sainte Adresse una población de cerca de dos mil habitantes, que aumenta de día en día como por encanto, embelleciéndose de tal modo, que ni los que la vieron ayer la re-

conocerían hoy, ni los que la vean hoy podrán reconocerla mañana.

Como todos los pueblos de Francia, Sainte Adresse encierra cuanto respecto á comodidad y bienestar puede desearse; y esto, y la hermosura de su playa, le hace ser uno de los puntos más frecuentados por los bañistas.



EL EJÉRCITO ITALIANO EN LA BATALLA DE CUSTOZZA.

REVISTA DE LA SEMANA.

La novedad más importante de la semana es la terminación de la guerra entre Austria é Italia, y la cesion del territorio Véneto hecha por aquella potencia al emperador Napoleon.

Esta noticia, preludio acaso de la paz general, ha sido acogida con placer por todo el mundo, y ejercido una saludable influencia en los valores públicos, cuya baja producía graves daños al comercio europeo.

Casi al mismo tiempo que el despacho telegráfico anunciando tan fausta nueva, se han recibido los detalles de la reñida accion verificada el 3 entre los austriacos y los prusianos, en la que han salido vencedores los últimos si bien á costa de grandes pérdidas.

Parece que una de las causas que han contribuido á la derrota de los austriacos, ha sido el uso que del fusil aguja ha hecho el ejército prusiano. Este fusil permitía á la tropa hacer cinco ó seis disparos por cada uno de los del enemigo. El sistema es muy parecido al de Lefauchaux, cargándose el fusil por detrás y con cartuchos que llevan unido el piston.

La atencion pública, ocupada con estas novedades, no permite se fije nadie en asuntos de otro género, que por otra parte son bastante escasos y de poca importancia. Sólo así se comprende que pasen casi desapercibidas noticias como la de que el 40 ó 42 llegará á Valladolid el Sr. D. Julian Romea, para comenzar las funciones á que se ha comprometido en el teatro de Calderon de la Barca; la de que la empresa del teatro del Príncipe ha solicitado del ayuntamiento autorizacion para dar la funcion anunciada á beneficio del Sr. Dardalla, suspendida por causas ajenas á su voluntad, y la de que hoy ó mañana se celebrará en Almeria la inauguracion de las obras del elegante coliseo que va á construirse en esta ciudad y se bautizará con el histórico nombre de Cervantes.

La emigracion veraniega se presenta este año mucho mayor que los anteriores, á lo cual contribuye sin duda alguna el aspecto poco animado que presenta la poblacion. La corte seguirá en breve esta costumbre, marchando á Zarauz, donde habitará como la vez pasada el pintoresco palacio de los marqueses de Narros. Mientras tanto, los que quedamos aquí, si es que quedamos, nos entretendremos con el Circo de caballos, con los paseos matinales al Retiro y los Campos Eliseos, y quizá con algunos conciertos, para cuya organizacion se trabaja por personas competentes, y que se celebrarán en una de las más bellas posesiones de recreo que tiene Madrid.

Está siendo objeto de la mayor curiosidad é interés el nuevo establecimiento fotográfico de D. Heraclio Gautier, situado en la calle del Principe, número 22. Las preciosas muestras espuestas en el portal nada dejan que desear, y colocan al Sr. Gautier á la altura de los primeros artistas de su clase.

La literatura no nos ha ofrecido en la semana ningun trabajo digno de atencion. Se dice, sin embargo, que el Sr. Fulgoso, muy conocido por su preciosa novela titulada *Alfonso*, no tardará en regalarnos algun libro del mismo género, y se anuncian otros varios de autores distinguidos. En Barcelona continúa la publicacion de *Los Hijos del trabajo*, obra escrita con toda conciencia por nuestro buen amigo el Sr. Altadill, mientras Roberto Robert termina *El Mundo riendo*, la más deliciosa enciclopedia de chistes y anécdotas que puede darse.

Un nuevo periódico se ha presentado en escena con pretensiones de llenar un vacío, y ser la norma de las revistas ilustradas habidas y por haber. Pero ni la circunstancia de ser quincenal, ni su precio, le favorecen para ello, y creemos no será por tanto otra cosa que un ensayo más ó menos feliz, pero ni muy duradero, ni ménos todavía provechoso.

Hace pocos días ha aparecido en los diarios de la capital un extraño anuncio, que prueba el progreso de nuestras costumbres y la fuerza de la necesidad.

Se trata de un jóven inglés, amable y de buena posición, que solicita unirse á una española que reúna los mismos requisitos y que esté bien educada, sobre todo.

Suponemos que á estas horas habrá ya encontrado el solitario hijo de Albion lo que busca, pues doncellas bien educadas y con deseos de casarse se tropiezan aquí al revolver de cada esquina. Lo que no es tan fácil de encontrar son ingleses extravagantes.

De cualquier modo que sea, el pensamiento de ofrecer un hombre su mano en subasta pública y al mejor postor, no deja de ser original, y abre un horizonte nuevo y desconocido á los solterones, y más aún á las solteronas.

M. DEL PALACIO.

VIAJES.

EL PICO DE TEYDE

I.

La isla de Tenerife forma quizás parte de aquellas regiones *afortunadas*, donde la Armida del Tasso gozó de los amores de Reinaldo.

Dios y el hombre, el primero con la omnipotente vara de su inmensa sabiduría, y el segundo con los conocimientos arrancados al tiempo y á la esperiencia, han hecho de aquella tierra un oasis, un paraíso, un eden.

Tres valles, el de la *Laguna*, el del *Orotaba* y el de *Garachico*, decoran la superficie de la isla con la brillantez de la primavera, con ese colorido tornasolado de los cuadros campestres de Poussin; con la sencilla y rústica arquitectura del hombre de la soledad, que levanta su cabaña á la sombra del corpulento castaño ó del erizado risco: parecen tres canastillos de flores donde se ven confundidas las bellezas de muchos países.

Hay tambien en esos valles cierto tinte feudal y romántico, que hace más interesante aquel solitario pedazo de tierra, perdido, por decirlo así, en la inmensidad del Océano. A través de su azulado horizonte, vense las agujas de los conventos, las torres de las iglesias, las almenas de los castillos, las azoteas de las ciudades. Más abajo se estiende una inmensa sábana verde, formada por el pámpano que se entreteje con la yedra por las olorosas copas de los naranjos y limoneros, por los popayas y guayabas; por otras mil plantas, en fin, que han ido á aclimatarse en aquel vergel de maravillas.

Aves de las regiones occidentales y meridionales vienen á esconderse en la espesura de sus bosques ó á beber el agua de sus torrentes. Es extraño que ese pajarito de color de oro, condenado á servir de recreo en Europa, y que es indígena de este archipiélago, el *canario*, no se conozca en el país que le ha dado nombre. Pero en cambio hay otros muchos que á la belleza de su plumaje reúnen un cántico sonoro y apacible. ¡Embelesador es oírlos poblar de trinos, suspiros y gorgoros aquellos pabellones agrestes, aquellos penachos de verdura, aquellos ramilletes de colores que se columpian al aire bajo las miradas de un sol de primavera!

Por donde quiera que se estiende la vista, por cualquier parte que se dilate el oído, hay esplendor y armonía.

El cielo se sonríe, la naturaleza canta, el mar murmura una eterna plegaria.... ¡Por cierto que es una decoracion sublime! ¡En verdad que es una orquesta digna de aquel inmenso cosmorama!

Si buskais notas graves, entonaciones profundas, acudid á las costas del Norte y oid el choque del mar contra los peñascos; oid las modulaciones salvajes que entona la marejada al deshacerse; oid el rumor de la arena que volteja bajo las aguas y el grito siniestro del aquilon que se dilata por las riberas. Si quereis ecos más tiernos, penetrad tierra adentro y seguid las ráfagas de la brisa que gime entre los arbutos y balbucea besos sobre las flores en tanto que el murmullo del arroyo tributa *sotto voce* su himno á la creacion, como un arpa eolia olvidada en las costas de Cérigo. Si quereis inundaros en melancolía, escuchad á lo lejos el canto de las pastoras de Orotaba, que se perciben allá en lo profundo del valle! Oid el perdido estruendo de la remota ciudad, el tañido de las campanas, el tiro del cazador, la esquila de los ganados...

¿Quereis más? ¡Pues subid!

II.

¡Allí está el pico de Tenerife!... ¡Allí está *Teyde*! Subid á él, y entonces el cántico tomará espresiones salvajes, roncadas, sobrenaturales.

Subid á él y escuchareis aquella voz que hace temblar la tierra y estremecerse al mar; porque allá, en su cima, en las nubes, á trece mil trescientos piés so-

bre el Océano, ráfagas de fuego y crestones de humo se desprenden en luminosas ó siniestras espirales....

Es un volcan... ¡magnífico plumero de aquel coloso! Es un volcan, que tambien presta acordes singulares á la sinfonia universal; es un incendio, que segun la espresion de Chateaubriand, *se alzó largos siglos sobre un mar de nadie navegado; fero inútil durante la noche, y señal sin testigos durante el día.*

Y este titan de luz, de armonía, es el músico mayor de los conciertos del archipiélago de las Canarias.

Una noche, en 1704, quiso Dios que el pico cantase con toda la fuerza de sus pulmones, y para que la orquesta fuese correspondiente, llamó á todos los elementos, les quitó las cadenas y los precipitó sobre Tenerife.

El mar, azotado por el látigo del huracan, levantó su monstruosa espalda hasta las nubes, y escupió á las estrellas la baba ardiente de sus espumas. La tempestad acudió del corazon de Africa, ébria ya de furor en su larga orgía por los arenales, y se montó sobre el pico. Entonces la instrumentacion adquirió violencia y poderío; la tormenta recorria arpegios de truenos y rayos; la tierra por su parte gemia y saltaba como una pantera herida, y entre tanto *Teyde* rugia y atronaba lanzando por sus ojos llamaradas de azufrada luz, por sus narices torbellinos de humo negro, y por su boca una catarata anchísima de lava ardiente.

¡Y era de ver su cabellera de fuego, parecida á la aureola de un demonio; era de ver el latido de su agitado corazon, donde se fundian y derretian en aquel momento misteriosos metales y densos betunes, era de ver, en fin, cómo pateaba el irritado gigante, cual quisiese hundir en el Océano á la isla, pedestal mezquino de tal estatua!

¿Qué habia sucedido aquella noche?

Nada: una tempestad, un terremoto y una erupcion.

Así canta el pico de *Teyde*.

Ahora duerme tranquilo.

Ese ronquido que escuchais no es más que su respiracion.

¡Vedle allí!

Mirad cómo se eleva sobre las espumosas olas del *Atlántico*.

Desde lejos parece un triton corpulento, que asoma su cabeza sobre la superficie del mar, para ceñir con la diadema de nubes que le ha cedido el Etern.

J. R. DE A.

LOS PÁJAROS.

A ENCARNACION.

Tú que llenas mi alma de ventura,
tú que sabes amar,
oye, niña, los ecos que murmura
el pájaro al cantar.

I.

El Aguila.

Tendidas sus anchas alas
y la vista centellante,
cruza el aguila arrogante
del éter las ricas salas.

De altivez nécia y profunda
hace el nido en alta roca,
y su planta nunca toca
á la pradera fecunda.

—Cuando brama la tormenta,
(dice en áspero graznido),
y el espantoso silbido
del huracan acrecienta,

Y cubre los horizontes
vapor que baja del cielo,
y medroso tiembla el suelo
y se desgajan los montes,

Y en sus cárceles el mar,
lanzando feroz acento,
indómito va á tocar
los astros del firmamento,

Sobre las nubes me rio
viendo el mundo padecer;
la destruccion es mi sér
y la muerte el goce mio.

II.

La Alondra.

Del surco que el arado
abre en la tierra,
á los cielos la alondra
rauda se eleva;
y sus acentos
como cantos divinos
repite el eco.

—Viste el sol de colores
las altas cumbres,
y en torno sus reflejos
gratos difunde.

¡Arriba! ¡arriba!
habitantes del campo
que viene el dia.

Amable pajarillo
de la mañana,
tu canto presta al hombre
fé y esperanza;
yo te saludo,
pues eres el emblema
del amor puro.

III.

El Gorrion.

—Una limosna, hermano
del alma mia;
mis hijos sin sustento
temblando gritan
allá en su nido;
no tengo que llevarles.
¡Sé compasivo!

No hay tamaras ni flores
en la pradera;
la nieve en tristes copos
cubre la tierra.
Hermano, hermano
al gorrion que muere
presta tus granos.

IV.

La Tórtola.

—Escondida en la espesura
solitaria, doy al viento
con los cantos de mi acento
el dolor de mi amargura.

Recibe el sol que á la aurora
nace, mi primer arrullo;
y cuando cierra el capullo
la flor, la tórtola llora.

Los que soñásteis amores
en el humano festin
creyendo el mundo un jardin
sin espinas ni dolores,

Y al despertar á la vida
encontraron vuestros ojos
senda lúgubre de abrojos
que abren dolorosa herida,

Venid á escuchar mi canto
al fondo del bosque mio;
venid y llorad, que el llanto
calma el pesar más sombrío.

V.

El Ruiseñor.

—Huyó la nube que empaña
el vacilante arrebol
conque al morir pinta el sol
las cumbres de la montaña.

Huyó el pálido capuz
de los nieblas del invierno,

y en Oriente halló el eterno
resplandor de amante luz.

VI.

¡Luz! Sublime aspiracion
de la errante humanidad.
¡Luz! Feliz revelacion
de la divina verdad.

Del ave la dulce vida
busca la luz y su encanto,
y enamorada en su canto
á gozar la luz convida.

El alma es luz que fulgura
del mundo en el triste mar,
caminando sin cesar
hasta la celeste altura.

AUGUSTO JEREZ PERCHÉT.

Granada, Marzo, 1866.

UNA REGATA EN LÓNDRES.

Entre las diversiones veraniegas que se celebran en los puertos de mar, una de las más animadas y entretenidas son las regatas.

Nuestro grabado representa las que últimamente se han verificado en Lóndres, y cuyas apuestas han subido á una suma fabulosa.

Esta diversion es muy comun tambien en España, sobre todo en las costas de Cantabria, cuyos remeros no ceden en fuerza y agilidad á los de ningun país.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

D. Luis de Escobedo.

(Continuacion.)

En la calle de la Almudena, frente á la iglesia de Santa María, tenia su casa la princesa de Éboli. Presentada en la córte en todo el esplendor de su hermosura, sus gracias y sus prendas conmovieron el corazón de Felipe. Sea táctica hábil para asentar sólidamente su imperio, sea que aquel monarca temible asustase su alma inconstante y ligera, las primeras atenciones de rey no hicieron aparente impresion sobre la orgullosa señora. Acostumbrado á no hallar obstáculos en sus inclinaciones, el amor propio del poderoso pretendiente se resentia al ver cuán distraida é incrédula escuchaba la princesa sus protestas apasionadas. Su aficion fué creciendo de dia en dia, alzando cada vez más á Ruy Gomez en su favor. Llegó á amarla al fin con delirio, con vehemencia, y estaba en el apogeo de su profunda pasion cuando entró Antonio Perez á su servicio.

La circunstancia de serle presentado por el príncipe, el rumor que corria en la córte acreditándole hijo natural de Ruy Gomez, entregado en secreto para su educacion á Gonzalo Perez su íntimo amigo en aquella época, la entrada franca que el jóven diplomático tenia en casa del de Éboli, su protector, su modestia, su gracia, su talento, todo inspiró confianza á Felipe II para depositar en su nuevo ministro el secreto de su cuidado. Agente de estos amores, Antonio Perez sirvió al rey en sus relaciones con la princesa, y su ascendiente fué por esta razon cada vez mayor sobre su ánimo. Apreciaba el monarca como muestra de noble amistad la interesada eficacia de su favorito, y agradeciale la dulce correspondencia de su amada, rendida ya á sus impetuosos deseos.

Pero en medio de estas relaciones crecía cada vez más arrogante la presuncion de Antonio Perez. En el trato continuo con la princesa de Éboli, hablando aunque en nombre ageno, de negocios de amor á la bella y graciosa dama, su corazón apasionado y audaz concibió el proyecto de rivalizar con su amigo y con su rey. Penetrante y acostumbrado á la sociedad femenil, conoció que, en el alma ardiente de aquella mujer caprichosa, el orgullo y el rendimiento, escitando y calmando alternativamente sus vanidosas pasiones, producirían al fin el efecto vehemente que deseaba. Harto bien consiguió Perez su objeto.—Paseando solos en las alamedas de Pastrana en las tardes deliciosas de la primavera, contaba el secretario á la princesa las

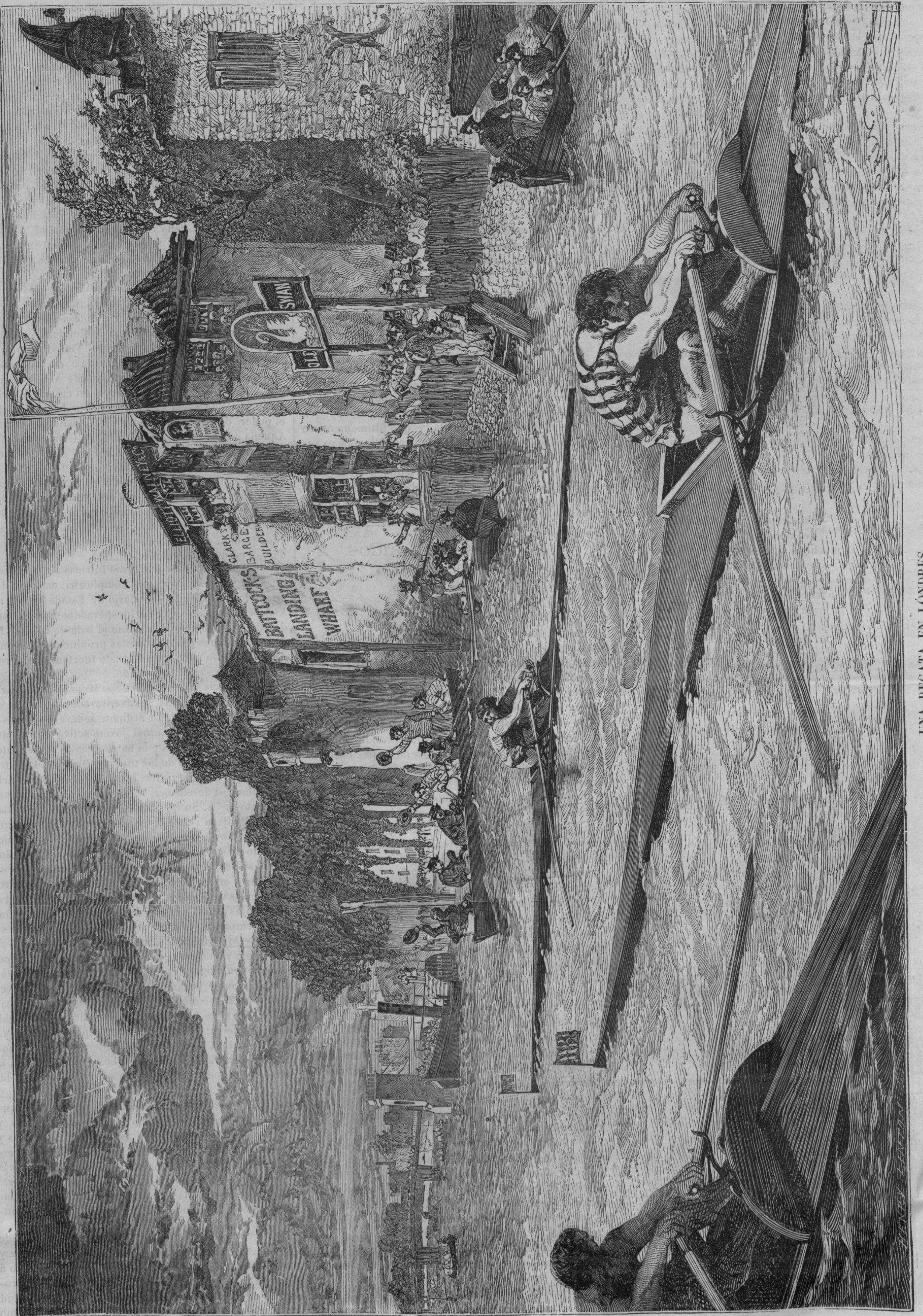
historias de amor que habia aprendido en Italia y que tan profundamente adornaba con su galana conversacion. Su voz, sus ademanes, la intencion de relaciones revelaban una pasion tímida y profunda que, ayudada de su talento, de su traza y de su juventud, conmovia cada vez más el ánimo de su veleidosa compañera; al paso que, delante de los numerosos personajes que componian la tertulia habitual de la esposa de Ruy Gomez, entraba Antonio Perez casi sin saludarla, con aire ligero y presuntuoso, con andar seguro y altivo, á platicar livianamente en su presencia de la inconstancia y miserable valor de las pasiones mujerieles. Esta táctica hábil y calculada, la soledad que favorecia las entrevistas, despertaron una pasion violenta en el corazón de la princesa de Éboli.—Sus relaciones secretas adquirian cada vez mayor intimidad porque eran dos almas que tenian un lazo comun; ambas confiaban ciegamente en la fortuna y ambas anhelaban nuevas y peligrosas emociones.

Cuando empezaron sus amistades á transpirar en el público fué un rumor vago, sin fundamento, pero causó la mayor irritacion en la grandeza enlazada con estrecho parentesco á doña Ana de Mendoza, enemiga implacable del secretario de Estado. Felipe, ó no supo las voces que corrian, ó creyó que era harto fundamento para la crítica la entrada continua de Antonio Perez por su orden y para asuntos suyos en casa de la princesa. Su afecto hácia su valido aumentaba cada dia, y el poder de Ruy Gomez se elevaba á mayor altura. Aquella dama bella y amada, el Ruy Gomez de Silva indiferente al adulterio de su mujer, Antonio Perez confidente del rey y amante favorecido de la princesa, formaba al lado de Felipe II una triple muralla impenetrable á la verdad.—Murió entretanto el príncipe Éboli, y cada vez mas enamorada su esposa, cada vez mas imprudente su amante, se entregaban á su azarosa pasion, olvidando en su delirio al temible y poderoso monarca á quien engañaban.

En medio de estas peligrosas intrigas apareció en la córte un personaje que complicaba mas hondamente los enredos del secretario de Estado. Juan de Escobedo acababa de llegar inesperadamente de Flandes, donde le detenia su destino al lado de D. Juan de Austria, gobernador de aquellas provincias. Su venida era un paso audaz que disgustó fuertemente al rey y alarmó con razon á su valido.

Tiempo hacia que miraba Felipe II con desconfianza, si bien con indulgencia, los aventurados designios de su bastardo hermano. La ardiente sangre de Carlos V corria en las venas de aquel jóven activo y sediento de ambicion. Despues de la batalla naval de Lepanto, deshecha la armada de los turcos y libertada la Europa de su formidable poder, inflamó D. Juan de Austria su pecho con deseos mas levantados de lo que su nacimiento pedia. Su nombre corrió el mundo en alas de tan señalada victoria; y ya se figuraba en su orgullo rotos los diques que le separaban de un trono, término de sus altivos y constantes pensamientos. Sus pretensiones, si bien exageradas, eran naturales en su genio y en su posicion. Las alabanzas que le prodigaban los venecianos, las atenciones del Santo Padre, las lisonjas de la Francia y la fortuna que acompañaba sus empresas, le inspiraban la más alta idea de su propio valor y bastaban para desvanecer una cabeza más firme y madura que la suya. Tanto los aliados, como los enemigos de Felipe, contribuian á alimentar una ambicion que amenazaba embarazar con graves disturbios los temibles intentos del rey de las Españas. D. Juan de Austria amaba por aficion y por cálculo la guerra: el ruido de los campamentos era su delicia, y abria las filas de sus valientes tercios á todos los aventureros de Europa. Los que aborrecian la paz de sus casas, los que anhelaban una fortuna debida á su valor, todos las gentes bulliciosas é inquietas, corrian á alistarse bajo sus banderas, conociendo que su belicoso humor no gustaba del reposo de la paz, y que donde él estuviere era fuerza haber mudanzas y alteraciones. El rey que habia tomado sobre sí la responsabilidad de su fortuna cuando, en vez de hacerle eclesiástico como lo dejó mandado su padre, le abrió la carrera de las altas empresas, procuró enmendar sus errores, utilizando sus talentos y proporcionándole reputacion y gloria.

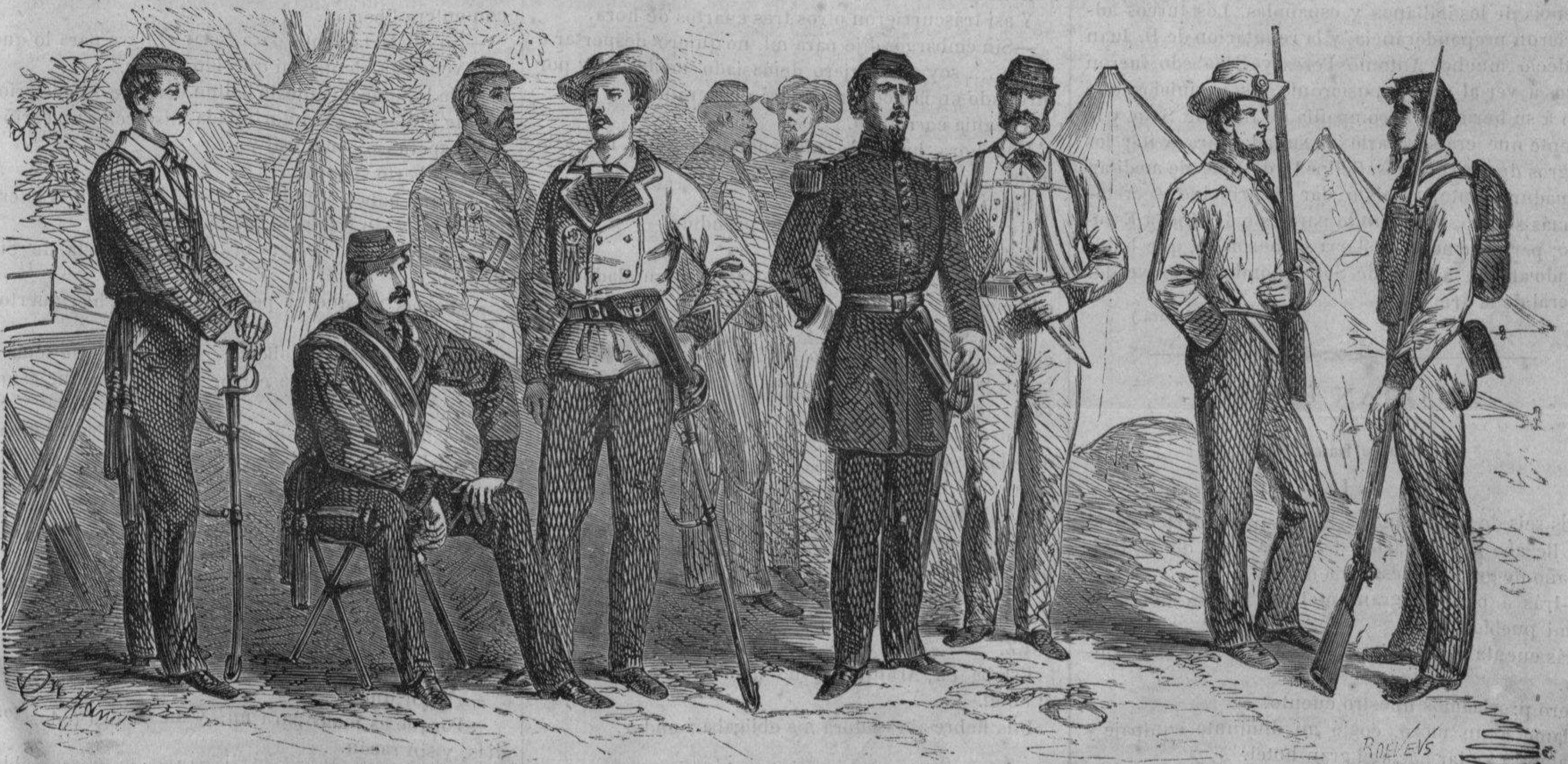
Para esto, desde el principio, procuró rodearle de personas de valía. En vida del príncipe Ruy Gomez y por su consulta y consejo, diósele por secretario á Juan de Soto, hombre de antiguos servicios, de probadas esperiencias y que habia señalado su aptitud en el despacho del rey de Nápoles. Entendido, como



UNA REGATA EN LONDRES.



EL REY VICTOR MANUEL MARCHA Á PONERSE AL FRENTE DEL EJÉRCITO.



TRAJES DE LOS VOLUNTARIOS ITALIANOS.

pocos, en el arreglo de la hacienda militar, marchó á reunirse con el príncipe en Granada, para dar fin al sosiego de los levantados moriscos. Conociendo pronto el carácter franco y vanidoso de su señor, supo ganar su gracia con oportunas lisonjas, haciéndole concebir empresas aventuradas, pretensiones desconocidas que disgustaron al rey. El príncipe de Éboli advirtió á Antonio Perez y á Escobedo, amigos y allegados de Juan de Soto, que su fortuna corría peligro si no refrenaba algun tanto su indiscreto proceder.

Finalizada la guerra de Granada, acompañó Soto á D. Juan de Austria á Italia, conservando su destino y ayudándole con sus consejos en las empresas gloriosas á que dió fin. La guerra en el reino de Tunes iba á empezar, y el rey, avisado con la experiencia de su padre, despues de muchas consultas en Consejo de Estado y de acuerdo con su parecer, resolvió que se desmantelase la ciudad. Juan de Soto que tenia presentes en su memoria el poder é importancia de la patria de Anibal, deseoso de hacer á su señor igual á los primeros reyes del mundo, inflamó su juvenil imaginacion, prometiéndole que desde Tunes alcanzaria el dominio de toda el África. Metrópoli y centro comercial del Mediterráneo, la nueva Cartago, atrayéndose el afecto de los vencidos y resucitando con el auxilio de la Europa una civilizacion muerta, debia levantar un imperio cristiano y poderoso en las riberas profanadas por la media luna. Persuadió para esto el irrefixible secretario á D. Juan de Austria que, desatendiendo las órdenes de Madrid, solicitase del Papa la creacion de este nuevo reino, interponiendo su mediacion con Felipe II, para que espidiese el título de rey de Tunes á favor de su hermano. Pio V, agradecido al vencedor de los turcos, comisionó eficazmente á su nuncio en España, Monseñor Ormaneto, para ayudar cerca del monarca á los deseos de D. Juan. Mucho disgustó á Felipe no haber tenido noticia alguna de proyectos semejantes; pero disimulando su justo enojo, mandó esponer á Su Santidad en términos corteses el sentimiento que le cabia por no poder acceder á sus súplicas, manifestándole las poderosas razones que se oponian á tan aventurado plan, y agradeciéndole con dulces palabras el amor que mostraba á su hermano.

Entretanto D. Juan de Austria, en vez de obedecer las órdenes que se le habian comunicado anticipadamente, mantuvo la ciudad y reino de Tunes, añadiendo fortificaciones é introduciendo para guardarlas las mejores fuerzas de Italia, su artillería, municiones y pertrechos de guerra. No la dió á saco como le estaba prescrito, siguiendo los consejos de Juan de Soto que queria fundar sobre aquel un nuevo reino. Las consecuencias de su indiscrecion fueron las que habia previsto el rey. Sinam Bajá y Aluch-Ali, gracias á desórdenes y descuidos de los cristianos, combatieron y ganaron la goleta y el fuerte, á pesar de la heroica resistencia de los italianos y españoles. Los turcos adquirieron preponderancia, y la reputacion de D. Juan palideció mucho. Antonio Perez y Escobedo fueron juntos á ver al rey: espusieronle los perjuicios que traia á su hermano la compañía de Juan de Soto, y lo urgente que era separarle de su lado para evitar los peligros de sus consejos. Felipe II, despues de meditarlo maduramente, resolvió dar al príncipe secretario más seguro, nombrando para este destino á Escobedo; pero por no disgustar á su hermano, que habia tomado aficion á Juan de Soto, nombróle proveedor general de la armada.

(Se continuará.)

EL GRAN HOTEL.

Cuento fantástico.

I.

Las seis de la mañana serian cuando el tren de Aragon llegaba á la estacion del ferro-carril de Madrid, del año de gracia ó desgracia de 186.....

—Irás á parar al gran hotel, me habian dicho allá en mi pueblo.

Más cuenta me hubiera tenido no seguir este consejo.

Peró prosigamos nuestro cuento.

Llamé á un mozo, cogió mi diminuto equipaje y echamos á andar hácia el gran hotel.

Como no soy ningun rico capitalista, me instalé en un cuarto arreglado á las dimensiones de mi bolsillo.

Al pasar por las galerías habia admirado el deco-

rado y pinturas de las diferentes habitaciones que estaban abiertas.

Despues de estar andando por espacio de media hora, llegamos á la habitacion que me habian destinado como ya hemos dicho antes; me acosté en seguida y á los pocos momentos estaba durmiendo.

II.

Serian poco más de las dos de la tarde cuando me desperté sobresaltado.

—Está bien, dije para mí. No he venido á la villa del oso y del madroño más que para asistir á la boda de un íntimo amigo, y he dejado pasar la hora; pero en fin, cómo ha de ser, ya no tiene remedio; asistiremos á la comida que es esta tarde.

Y dicho y hecho; salté del no muy mullido lecho, vestíme rápidamente de negro y salí de la habitacion.

III.

Me encontré no en un corredor ó galería como esperaba, sino en una calle, pues más se parecia á esto, que á galería. Un silencio sepulcral reinaba en toda ella.

—Todo el mundo duerme, dije para mí. Mal me voy á ver para salir... pero ensayémoslo.

Reuniendo mis ideas, recordé que el mozo que me habia traído la maleta, se habia marchado por el lado opuesto al que habiamos venido.

Lo mismo hice yo.

Andaba lentamente.

Las puertas de las habitaciones ó cuartos pasaban delante de mí.

Estaban numeradas, y las iba leyendo.

—4.076, 4.077, 4.078, 4.079, 4.080..... Si la numeracion empieza por la puerta principal, ya tengo ocupacion para un rato, exclamé.

Al cabo de tres cuartos de hora me detuve; estaba rendido de fatiga.

¿Dónde iba? Yo mismo no lo sabia. Si miraba á la derecha ó á la izquierda, no veia mas que dos largas filas de puertas numeradas. Si adelante ó atrás, un corredor que parecia no tener fin.

Un sudor frio me invadia. Me consideraba perdido.

IV.

—Hé aquí que es curioso no saber salir de un simple edificio, dije para mí.

Me puse otra vez en marcha.

A todo esto la galería se habia ido oscureciendo, por lo que presumí se acercaba la noche.

Apreté el paso.

Las puertas continuaban pasando sin ninguna interrupcion.

Los números pasaban tambien.

—Conté con suma dificultad, porque apenas se veia nada, 5.142, 5.143, 5.144, 5.145.....

Eché á correr.

Y así trascurrieron otros tres cuartos de hora.

—Sin embargo, dije para mí, no quiero despertar á nadie..... soy un viajero demasiado modesto; y por otro lado en la boda me estarán esperando.

Y seguia corriendo.

Una hora habia pasado cuando percibí luz á lo lejos.

Seguí andando.

Fuí á avanzar y retrocedí sorprendido.

Estaba en el campo.

Es decir, en un campo extraño, circundado por edificios.

Anduve unos pasos y reconocí que aquellos edificios contenian cuartos ó habitaciones como los del hotel; las puertas de las habitaciones estaban numeradas.

Entré por una gran puerta que habia abierta en uno de ellos y seguí andando.

Levanté la cabeza y leí 9.704, 9.705, 9.706.....

A todo esto seguia andando.

Media hora despues me encontraba en el campo por segunda vez.

¡Ah! exclamé, y me detuve.

Ví un cartel y leí en letras muy grandes: ARANJUEZ.

Estaba en Aranjuez y no habia aun abandonado el hotel.

Una fiebre abrasadora me obligaba á andar.

V.

Seis horas despues me encontraba de nuevo en el campo.

El dia empezaba á despuntar y no se veia una sola persona. Y estaba cercado por edificios llenos de habitaciones; y siempre puertas numeradas.

Otro cartel habia allí. Leí ALBACETE.

¿Estaba en Albacete sin haber salido del hotel?

¿Este hotel ó fonda, ocupaba toda la España? Principiaba á creerlo.

Hé ahí verdaderamente una cosa que parece increíble; la España entera se ha convertido en posada..... ¡Oh especulacion singular!

Cinco horas despues me encontraba en el campo. Solamente que esta vez sentí que mis piés tocaban agua.

Dí algunos pasos y el agua me llegaba ya á la rodilla.

Ví un cartel parecido á los anteriores, y leí VALENCIA.

Estaba en Valencia, en el mar.

Y el hotel permanecia siempre delante de mi cual un fantasma aterrador con sus largas filas de cuartos.

Conté 16.827, 16.828, 16.829, 16.830.....

Creí haberme vuelto loco; dí un grito..... un grito terrible..... un grito de hombre al mar..... y desperté.

CONCLUSION.

Estaba en mi casa, en mi cuarto, en mi cama, solamente que tenia la cabeza dentro de la jofaina.

Mi viaje habia sido una pesadilla.

Me levanté, abrí el balcon para respirar el aire fresco de la noche, y me senté á escribir este cuento.

RICARDO MARTINEZ Y ESTEBAN.

EL REY DE LOS GITANOS

POR EL VIZCONDE PONSON DU TERRAIL.

VERSION CASTELLANA.

(Continuacion.)

El recién llegado era uno de los ayudantes del gobernador, el cual añadió:

—Señores, lord Asburthton os convida á una gran cacería en las junqueras de Bao. La partida es esta misma noche.

—Entonces, dijo el cirujano, voy á preparar mi caja de instrumentos; porque el gobernador en estas ocasiones no economiza gente, y á mi bisturi no le faltará trabajo.

—Señores, hizo observar á su vez el abanderado; en reunion tan agradable se pasa el tiempo insensiblemente. Son las cinco de la mañana, y el servicio nos reclama; marchemos.

Todos los oficiales se levantaron y salieron de la taberna, á excepcion de Bolton y Sir Roberto, que no pertenecian al ejército. Este último, cuando se vió sólo con el cirujano, dirigió una mirada investigadora á su alrededor, para asegurarse de que podia hablar con entera libertad.

—No es ciertamente para cazar el tigre para lo que hoy vengo á Calcuta, mi querido doctor.

—Me lo figuro, contestó Bolton con aire de misterio; sé que profesais á la infortunada mis Cecily un cariño tan respetuoso como leal y.....

Sir Roberto suspiró.

—Y que habeis jurado, continuó Bolton, una guerra mortal y sin tregua al infame Sir Jak.

Un relámpago de cólera brilló en la mirada de Sir Roberto.

—¿Sabeis ya que el pequeño Lionel ha muerto? añadió el cirujano.

—Sí, contestó Sir Roberto; pero Sir Jak no tendrá tiempo ni ocasion de asesinar al otro, ¡porque estoy yo aquí!.....

En tanto que ambos personajes cambiaban algunas otras palabras en voz baja, un ruido de pasos se dejó escuchar en el zaguán, y á los pocos momentos apareció en el dintel de la puerta el gitano Nathaniel. A su vista, la niña se estremeció, abrazándose al cuello de su protector.

—¿Qué quiere decir esto, hija mia? dijo Sir Roberto con bondad; ¿no reconoces á tu padre?

—Sí, contestó la pobre niña, llorando amargamente, pero no quiero volver con él.

—¿Y por qué?

—Porque es malo para mí, y me castiga todos los dias, y sin razon.

Y Topsy miraba con espanto el hocico del horrible huron que asomaba á la entrada del bolsillo de Nathaniel.

—Cómo, bribon, dijo Sir Roberto sumamente indignado; ¿conque maltratas á tu hija, á una pobre niña?

—Qué quereis, señor, contestó el gitano con cinismo; ella no hace otra cosa que martirizar á mi pobre Mika, con la cual precisamente gano mi vida, al paso que la tal niña ha llegado á ser un fardo muy pesado para mí.

—¿Quereis cedérmela? dijo Sir Roberto, despues de haber reflexionado breves instantes.

A esta pregunta, á quema ropa, y tan inesperada, Nathaniel retrocedió un paso, y en sus facciones se retrató la más alegre sorpresa. Sir Roberto, que continuaba acariciando á la muchacha, la dijo:

—¿Prefieres quedarte conmigo, hija mia? Yo te enseñaré á leer, y te compraré estampas y juguetes; tendrás ricas joyas y elegantes vestidos, como los que usan las hijas de los lores.

—¡Oh! sí, sí, contestó la niña, estrechando con sus brazos el cuello de Sir Roberto; el cual, arrojando á los piés de Nathaniel una bolsa llena de oro, ¡tú no eres el padre de esta criatura, le dijo con desprecio; es imposible! Un mono tan horrible como tú, no puede haber engendrado tan precioso querubin.

El gitano recogió la bolsa, y con la mayor impudencia contestó, inclinándose hasta el suelo:

—Quizá Vuestro Honor tenga razon. La madre de esta niña era muy lijera de cascos, y más de una vez tuve precision de castigarla por sus coqueterias y continuos devaneos.....

—Sal de aquí, miserable; tu vista me causa horror.

Nathaniel no se hizo repetir la orden; salió de la taberna, con la sonrisa en los labios, contando el dinero y acariciando al asqueroso animal.

III.

La plateada luna iluminaba con sus argentados resplandores la inmensa *savana* que se estiende entre Calcuta y el Sunderbunds. Serian próximamente las dos de la madrugada y la escolta de lord Asburthton, gobernador de las Indias, caminaba desde las diez de la noche.

Una docena de elefantes de caza, montados por indios y algunos oficiales ingleses, abrian la marcha.

Detrás, y como un anciano general en jefe, caminaba lentamente el elefante blanco del gobernador.

Lord Asburthton se empeñaba en justificar en todo la opinion de sus oficiales, á saber, que se hacia impopular en la India por cuantos medios estaban á su alcance. Hacer su cabalgadura de un elefante blanco, animal venerado por los indios como un Dios, era testimoniar el más soberano desprecio hácia la raza conquistada.

El elefante llevaba sobre sus anchos lomos un *howdah*, especie de mantilla ó caparazon de mallas cerrado por bajo del vientre y pecho, y erizado de puntas de hierro. El gobernador, armado de una escopeta de dos cañones y una lanza envenenada con el terrible licor de Java, ocupaba la parte superior sobre los lomos del elefante. El cirujano Bolton marchaba á caballo al lado de Sir Roberto Walden, que montaba una magnífica yegua árabe: ambos hablaban en voz baja.

—Conque segun eso, pensais desafiar á Sir Jak, dijo el cirujano.

—Sí, contestó lacónicamente Sir Roberto.

—¿Cuándo?

—Mañana, cuando regresemos de la caza.

—¿Y consentirá en batirse?

—Yo le obligaré á ello, aun cuando tuviera que abofetearle en público y escupirle en la cara.

—Id con cuidado, porque Sir Jak es un miserable, capaz de añadir una nueva infamia á las ya cometidas; seria capaz de decir que sois el amante de lady Cecily.

—Lord Asburthton no lo creeria.

Bolton movió la cabeza con aire de duda.

—El gobernador cree todo cuanto le dice su hermano, y si quisierais admitir un consejo...

—Veamos; dijo Sir Roberto.

—Abandonad la caza, volved á Calcuta, provocad á Sir Jak, y si, como creo, teneis la suerte de matarlo, huid inmediatamente: lord Asburthton es hombre capaz de haceros ahorcar.

—Lo pensaré, respondió flemáticamente el escéntrico Sir Roberto.

De pronto los indios que precedian á la caravana lanzaron terribles gritos; los elefantes se detuvieron batiendo el suelo con sus pesadas patas, y los caballos, con las crines erizadas, relincharon de un modo harto

significativo, para poder dudar de la proximidad del peligro. La yegua que montaba Sir Roberto se encabritó.

—¡Hola! ¡hola! dijo Bolton; ya tenemos el tigre encima. Los indios se han equivocado cuando nos decian que no lo hallariamos hasta el amanecer.

Apenas acababa Bolton de pronunciar estas palabras, cuando un rugido terrible atravesó el espacio, y un tigre enorme vino á colocarse de un salto en medio del círculo formado por los elefantes.

Veinte balas silbaron casi al mismo tiempo, pero ninguna acertó á tocar á la fiera; el terrible animal se recogió un momento sobre sus patas traseras, y con ojos centellantes, la boca entreabierta y las garras preparadas, dió un nuevo salto y cayó sobre la yegua de Sir Roberto, clavándole sus afiladas garras en el pecho. Caballo y ginete rodaron por la arena; pero Sir Roberto, que no habia perdido su serenidad y sangre fria, se desprendió como pudo de la silla y de los estribos, y en tanto que el tigre se encarnizaba sobre el caballo palpitante, apoyó la boca del cañon de su carabina sobre el oido de la fiera, hizo fuego, y el tigre rodó á su vez, completamente muerto; pero un nuevo rugido se dejó escuchar entre los juncos, y un nuevo monstruo apareció á la vista de los cazadores: era la hembra.

De mucha mayor corpulencia que el macho que acababa de perecer á manos de Sir Roberto, atravesó como un relámpago el espacio que la separaba de los cazadores, derribando y destrozando cuanto hallaba al paso.

Sir Roberto Walden, desmontado, no tenia más arma que su cuchillo de caza, ni más parapeto que su caballo muerto; pero no fué á él á quien la pantera se dirigió, sino que, haciendo pedazos á los indios que se le aproximaban, se lanzó furiosa sobre el elefante blanco del gobernador.

Lord Asburthton era tambien un hombre de extraordinaria sangre fria; cogió su carabina y disparó sobre la fiera sus dos tiros; pero esta, aunque herida, no cayó al suelo, sino que, por el contrario, clavando sus uñas y sus dientes con más fuerza en la piel rugosa del elefante, empezó á encaramarse en busca de su principal enemigo. El gobernador cogió sus pistolas, y de nuevo hizo fuego, pero el tigre continuaba subiendo, y lord Asburthton sentia ya sobre sus megillas el aliento abrasador del monstruo: el peligro era inminente.

—Pero, canallas, ¿por qué no tirais? gritó Sir Roberto, dirigiéndose á los indios que formaban la escolta del gobernador.

—Aunque los hiciéseis pedazos no dispararian un sólo tiro, contestó Bolton; temen herir al elefante blanco, que para ellos tiene la significacion de un dios.

Ya la pantera habia clavado sus garras en la parte superior del *howdah*, y lord Asburthton se hallaba tan cerca de ella, que le era imposible hacer uso ni aun de su lanza envenenada, cuando un hombre, casi un niño, ágil como los tigres, y saltando como ellos, se lanzó de enmedio del bosque inmediato, armado únicamente de un puñal. Asíó con ambas manos la larga cola del monstruo, y tiró de ella para llamarlo á sí. En el momento en que la fiera se revolvia para hacer pedazos á aquel nuevo enemigo que, al parecer, venia á desafiarle, el niño le hundió su puñal en el cuello. El tigre y el hombre rodaron juntos por la arena, unidos, casi abrazados; el hombre hiriendo siempre y con una rapidez asombrosa; la fiera lanzando rugidos horribles. Esta lucha de un minuto, tuvo para los atónitos espectadores la duracion de un siglo.

Un grito unánime de admiracion y de triunfo se exhaló de todos los labios al ver al hombre levantarse ileso, altivo, orgulloso, tranquilo, pateando el cadáver del tigre, que permanecia inmóvil á sus piés.

—¡Demonio! dijo Sir Roberto Walden; ¡sí es el gitanillo de esta mañana!

Y efectivamente; era el mismo jóven de catorce años que el caballero encontró en el camino de Calcuta la noche precedente, y que despues hemos dejado, fingiendo dormir, á la puerta de la pagoda.

Todo el mundo rodeó al muchacho, y el gobernador de las Indias, el noble lord Asburthton, se dignó descender de su elefante para dar gracias á su libertador.

—¿Quién eres? le dijo; ¿cuál es tu raza?

El niño alzó sobre el temible gobernador de las Indias su mirada tranquila y desdeñosa.

—Mi nombre es Juan de Francia, y soy gitano de nacimiento.

—Pues bien; un hombre tan valiente como tú, no puede ni debe arrastrar una existencia vagamunda. ¿Quieres entrar á mi servicio? Te empeño mi palabra de que haré tu fortuna.

El niño miró con altivez al lord.

—Perdonadme, milord, le dijo; pero á mi entender reconoceis mal el servicio que acabo de prestaros. Yo soy caballero; descendiendo en directa linea de Roberto, conde de Granville, y no he nacido para servir á nadie.

Esto dicho, saludó con la mayor cortesía y se dispuso á retirarse.

—Vive el cielo, dijo Sir Roberto, que este chico más que gitano parece hijo de un príncipe.

Lord Asburthton, pálido de cólera, habia sacado ya de su cinturón una bolsa llena de oro, tal vez con intencion de ofrecérsela; pero el altivo muchacho no le dió lugar.

—Guardad vuestro oro, milord, le dijo Juan de Francia con despreciativa sonrisa; tampoco pido limosna.

Y saltando fuera del círculo formado á su alrededor, desapareció á los pocos momentos por la entrada del bosque.

—Ese bribon creo que me ha desafiado, dijo el gobernador.

—Pero tambien ha salvado la vida á vuestra gracia, contestó Sir Roberto con un ligero acento de ironía, lo que en último resultado es una magnífica compensación.

El gobernador se mordió los labios.

—Vamos, señores, dijo; continuemos nuestro camino, porque aun estamos bastante lejos de las ruinas del templo de Baghix que es el apeadero y centro de nuestra cacería.

—Y yo, murmuró Sir Roberto Walden al oido del cirujano, siguiendo vuestro consejo, me vuelvo á Calcuta á ver si tengo la suerte de cazar al hombre despues de haber cazado el tigre.

—Me parece bien, contestó Bolton; tomad mi caballo, que yo montaré en cualquiera de estos elefantes; y si como espero dais tan buena cuenta del hombre como del tigre, habreis prestado un inmenso servicio á la humanidad y á la vieja Inglaterra.

(Se continuará.)

J. BELZA.

BATALLA DE CUSTOZZA.

Las operaciones militares del ejército italiano enfrente del Cuadrilátero han comenzado, pero con éxito poco satisfactorio. El primer encuentro ha sido favorable á los austriacos, que han sorprendido por medio de un ardid al primer cuerpo mandado por el general Durando, causándole grandes pérdidas.

El general en jefe quedó herido mortalmente; los generales Villarey, Dho, Cerale y otros han quedado muertos ó heridos.

El hijo segundo del rey, el conde de Aosta, figura entre los últimos, si bien su lesion es tan leve, que podrá volver á combatir dentro de veinte ó veinticinco dias.

El príncipe real Humberto, ha hecho, segun dicen, prodigios de valor contra dos regimientos de hulanos que cercaron su pequeña division. Las tropas italianas que más han sufrido, han sido granaderos y cazadores.

El Austria puso en movimiento unos 60.000 hombres, sobre todo mucha artillería y caballería. Se cree que no tardará en verificarse un encuentro mucho más grave aún.

VÍCTOR MANUEL Y LOS VOLUNTARIOS ITALIANOS.

Los dos grabados de la página 184 son dos escenas de actualidad, y darán á nuestros lectores perfecta idea, tanto del entusiasmo que reina en Italia con motivo de la guerra, y de que ha recibido pruebas inequívocas Víctor Manuel en su paso por las principales poblaciones, como de las simpatías que la causa italiana ha despertado en toda Europa, y que se revelan en la diversidad de tipos que ofrecen sus voluntarios, entre los cuales apenas habrá nacion que no tenga un representante.

Estos voluntarios son los que está destinado á mandar el ilustre Garibaldi, cuyo retrato damos tambien en la última plana, creyendo inútiles los apuntes biográficos, pues todo el mundo sabe de memoria las hazañas del atrevido marino y del hábil guerrillero, que es, sin disputa, uno de los hombres más notables de este siglo.

Editor responsable, P. A. LAMARTINIÈRE.

MADRID: 1866.—Imprenta de R. LABAJOS Cabeza, 12, principal.



GARIBALDI.

TU Y YO.

Blanca azucena del valle umbrío,
placer y vida, y aroma y luz;
aura apacible del tibio estío,
onda serena del claro río...

Eso eres tú.

Amarga adelfa, ciprés doliente,
pálida sombra de un sér que huyó;
triste murmullo de turbia fuente,
planta que agosta cierzo inclemente...

Eso soy yo.

Yo vierto sombra, tú das fulgores,
yo soy la nube y el astro tú;
yo brindo espinas, tú brindas flores,
tú eres la cuna de los amores...

Yo el ataud.

C. CANO Y NUÑEZ.

Solucion á la CHARADA del número anterior.

HERESIARCA.

GEROGLÍFICO.



ADVERTENCIAS.

Algunos suscritores de provincia se quejan de que no sean de España todas las vistas que publicamos; á la cabeza de nuestros números. Desearíamos poder complacerles, y en prueba de ello, rogamos, tanto á los suscritores como á los corresponsales que gusten, nos envíen un apunte ó bien una fotografía del pueblo en que residan, conteniendo la vista general y dos parciales de sus principales monumentos. De este modo podremos satisfacerles en breve.

Advertimos á los lectores de América, que nuestro único corresponsal y agente en la Habana y en Méjico, es el Sr. D. Alejandro Chao, despacho de *La Propaganda literaria*, el cual fijará el precio de los números. El de Puerto-Rico lo es D. Pascasio Sancerrit.

Deseando complacer á las muchas personas que así nos lo exigen, y tributarle al mismo tiempo esta muestra de agradecimiento por sus trabajos, publicaremos en nuestro próximo número el retrato del director literario de *EL PERIÓDICO ILUSTRADO*, debido al lápiz y al buril de dos de nuestros más distinguidos artistas. El justo aprecio que nuestros constantes suscritores hacen de los obras del Sr. Palacio, nos ha impulsado, aun haciendo traición á su modestia, á satisfacer este deseo.